

RESONANCIAS DE RELATOS PARA LA MEMORIA DE LAS SANGRES COMPAÑÍA

Por Raúl de Jesús Vázquez Sánchez¹

Nota del autor:

En el marco de la celebración por sus 20 años de trayectoria, Las Sangres Compañía presentó su obra *Relatos para la memoria* en la ciudad de Xalapa, Veracruz. La coreografía e interpretación corrieron por cuenta de Abraham Ponce, Janice Platt y Juan Meza. Adicionalmente, contaron con la co-dirección de Tania Hernández.

Como el título lo sugiere, la memoria es el tema principal de esta puesta en escena. Los bailarines atraviesan diversas dimensiones de los recuerdos para hacer reflexionar al público sobre el complejo fenómeno de esta, sus implicaciones y las bellas ciudades que construye y destruye para mostrar lo único constante en este mundo: el cambio. Al término de la función, las imágenes creadas con respecto a la memoria me dieron la inspiración para desarrollar este texto.

—La vida es como un vaivén entre el recuerdo y la esperanza, pero cuando queda poca esperanza y los recuerdos ya no son compartidos, ya no son una pértiga desde la que saltar a la esperanza, mala cosa.

—Pero ¿se puede vivir de recuerdos?

—No, pero se puede vivir con los recuerdos, se puede vivir entre recuerdos. Naturalmente, cuando

Una persona tiene la mayor parte de su vida a la espalda, es lógico que mire más atrás.

Jesús Quintero y Antonio Gala en Trece noches con Antonio Gala.

Al mismo tiempo que su corazón se rompía dentro de su pecho, afuera llovía a cántaros y Damián se sentaba en un café para guarecerse del clima. Se colocó en el último de los gabinetes, al fondo del recinto, en el área de fumadores, donde nadie pudiera molestarlo —salvo el mesero—. La piel roja con que estaban tapizados le parecía un insulto a su tristeza y prefirió no mirarlos por demasiado tiempo. Ordenó lo de siempre y se puso las manos sobre las cejas.

El cuerpo lo sentía aplomado. Dentro, una caterva de termitas caminaba sin parar en su estómago, haciéndolo vibrar... vibrar... vibrar... Le trajeron un café muy negro para el susto. Una furtiva gota caía en la taza haciendo unas reverberaciones que casi podía escuchar. Recordaba ahora los buenos momentos junto a la que hasta hace unos minutos había sido su novia: Amelia. De pronto, también recordaba los lapidarios versos que se habían aprendido, esperando nunca tener que recitarlos en una situación como aquella. Todo eso era mera literatura hasta ese instante. Su mente le traicionó recordando cada precisa palabra, pasándola lentamente, como saboreándola:

Quizá fue una hecatombe de esperanzas

un derrumbe de algún modo previsto

ah, pero mi tristeza solo tuvo un sentido.

Todas mis intuiciones se asomaron

para verme sufrir

y, por cierto, me vieron.

Benedetti le sentaba como un golpe al hígado...

Ahora maldecía a su memoria, que le evocaba una y otra vez la flecha final que la lengua afilada de Amelia le había pronunciado apenas unos minutos atrás. Aquella fatídica frase que de pronto había borrado todas las expectativas y todas las ilusiones que Damián se había hecho: la boda en la playa, los niños de vacaciones en verano, la casa en la montaña, la cena con su madre por año nuevo, la cena en la suya por Navidad; todas esas cosas ya habían muerto hacía mucho, pero hoy fue su estocada final.

Las cavilaciones de Damián tomaban un cariz peculiar. Recientemente, lo habían nombrado primer bailarín de una prestigiosa compañía y justo cuando se sentía en ese culmen, pasaba que su pareja de toda la vida lo dejaba sin posibilidad a una reconciliación.

Damián comenzó, como analítico que era, a pensar en por qué no podía simplemente dejarla y olvidar. La vida sería más sencilla si pudiera hacerlo. Venía a su mente ahora lo que su maestra de somática le dijo: los seres humanos podemos movernos en muchas direcciones y no solo hacia el frente o hacia atrás, como otros animales. Esta habilidad permitió que tuviéramos nociones del tiempo. Nuestra locomoción y la capacidad de rehacer nuestros pasos nos dieron la capacidad de percibir el futuro y el pasado: nos permitieron tener memoria y recuerdos.

Maldecía ahora toda la evolución y todo el movimiento, pero pronto se corrigió a sí mismo y decidió encaminar sus pensamientos hacia ese fenómeno: la memoria.

—¿Seremos los seres humanos algo más que recuerdos? ¿Seremos algo más que un cuento contado por nosotros mismos? —se preguntaba Damián. Procedió entonces a anotar sus ideas en una libretita que siempre cargaba:

La memoria es un refugio intocable. ¿Cuántas veces no volvemos a ella por un abrazo de quien más extrañamos? ¿Cuántas veces no repetimos una y otra vez algo para reconfortarnos en tiempos difíciles? ¿Pero será realmente que viven allí esas personas o es solo un consuelo infantil?

Yoshi Oida escucha de su maestro Zen que no debe preocuparse por quién ha muerto, que ha de concentrarse en el centro de su frente, en la imagen del ser perdido y allí vivirá por siempre. No debe pensar que ha muerto, sino que está realizando un largo viaje.

La memoria es un consuelo, un paraíso de los desahuciados, de los repatriados que miran al mar, que dejan detrás con añoranza.

¹ Licenciatura en Danza, Facultad de Danza de la Universidad Veracruzana.

Pensamos en esos amigos de infancia y les recordamos así, como niños, cuando, en realidad, eso es solo un cascarón vacío. Hemos cambiado y el tiempo ha grabado nuestras risas en nuestra memoria, sí, pero solo queda eso. Los momentos no regresan por mucho que se les recuerde. La vida no vuelve a ser la misma y pienso que tendemos a embellecerla o ensalzarla para contarnos a nosotros mismos historias más intensas, más conmovedoras o más tranquilizantes.

En la memoria habitan más que meros recuerdos. Lo que he definido como sucesos detonantes de la memoria: olores, sabores, imágenes. De pronto llegan, como fantasmas, instalándose por momentos en nuestra alma. De pronto calan hondo y allí se quedan y por minutos, solo por unos cuantos, somos capaces de revivir ese instante. De súbito tenemos otra vez 15 años y estamos llorando por nuestro primer corazón roto. Luego, tenemos 6 años y jugamos con nuestro padre en una tarde con el sol más amarillo. Recordamos entonces aquel día del abuelo, aquel festival del jardín de infantes, aquel primer beso que nos quema en la mejilla, nuestro lugar natal...

La nostalgia me parece uno de los sentimientos más bellos. Esa mezcla de amor y dolor, pero que tiene que pasar forzosamente por la memoria. Nuestros recuerdos nos han formado. Nuestra biografía es ya un recuerdo y no me parece mal que lo sea. En general, es por ello que amo la literatura y la escritura. Los seres que tienen una pluma pueden repensar el mundo y crearlo a su antojo. Yo mismo, a fuerza de recuerdos, he terminado cambiando pasajes completos de mi propia vida por quién sabe qué razón.

La memoria es buena jueza del tiempo. Aquellas cosas que en su momento nos parecieron nimiedades, toman un peso impresionante con el paso de los años. Las advertencias de mamá “cuando crezcas vas a entenderme”, “cuando tengas tus hijos”, todo eso resulta tener razón con el paso de los años y los recuerdos, como un crítico severo, se encarga de ponernos en la cara nuestras antiguas palabras, pronunciando el triunfal “¿no qué no?”.

Pienso mucho en el pasado. En cómo pude haber resuelto muchas cosas que hice mal. Me encantaría regresar a la secundaria una vez más. Reír nuevamente, sentir que la vida no era tan preocupante y agobiante. Me encantaría regresar por unos instantes solamente. Me bastaría con que me dejaran verme, sentirme como entonces, pero puede que solo sea una interpretación de mi memoria y que todo aquello ya sean ruinas.

Ese aspecto de la fugacidad me parece la peor canalla del mundo. Como también lo hace esa extraña ley que la vida aplica para darnos lecciones durísimas con el tiempo.

La memoria son huellas en la arena que se borran en el vaivén del mar. El mar tiene una danza destructiva. Pero es una metáfora potente de la vida, que arrasa con todo recuerdo posible.

La película con una cortina blanquecina que son nuestros recuerdos le pasaba a Damián una y otra vez en el centro de la frente. Cerraba sus ojos, esperando verlos más vívidamente. Su frustración aumentaba con los que no era capaz de revivir y su emoción le hacía desbordarse con las cosas que sí.

Nunca había visto una sonrisa más sincera que aquella que se forma cuando se recuerda algo. Pensaba ahora en el dicho de “el que solo se ríe, de sus maldades se acuerda” —qué dicho tan hermoso—, porque es exactamente así. La risa del abuelo que le contaba sus aventuras cuando era joven era idéntica a la que se le

dibujaba ahora mientras estaba en el café.

Tampoco había visto tristeza más genuina que la que evoca un recuerdo. Ese sentimiento sí que lo sentía ahora recordando a Amelia y las lágrimas se le escapaban sin poder controlarlo.

El recuerdo también le daba miedo. Como la pesadilla de regresar un día a su ciudad de origen para percatarse de que todo hubiese cambiado. La memoria era entonces un monumental ejercicio para que las cosas no se moviesen, una tarea titánica para evitar el derrumbe fatal. Eso sí que no lo hubiera podido soportar. Había dejado de ir a la casa de sus abuelos por la presión de saber que ya no estaban ahí. El tiempo y sus huellas borran con el chasquear de un dedo todo universo posible.

Le daba tristeza que las cosas no pudieran tener memoria. Las bancas del parque donde él había jugado de niño ya no lo recordaban. Sentía que, si pasaba por allí, podría verse a sí mismo, pero ahora, sentándose en el columpio y cabiendo trabajosamente, se sentía ridículo. Ni siquiera conocía el nombre de ese parque que lo había visto enamorarse por primera vez. Se sentaba allí para intentar sentirse como en el pasado, para traer algo de felicidad en su vida, pero evocarlo en su mente era lo único que lo reconfortaba ahora.

También podía maldecir un poco su memoria. La arena de las horas se le escapaba por las manos y de pronto ya no recordaba la voz de sus seres queridos. Sus rostros se nublaban y se alejaban en un muy lento *time-lapse*. Veía y podía palpar la distancia del recuerdo de aquellos a quienes amó. El olvido y la memoria, la eterna batalla, esa misma que se libraba ahora en su cabeza y no había ganador definido aún.

Aquellos parajes, amigos y enemigos, sabores y sinsabores y la dualidad de la experiencia se le metían por los poros. Hubiera deseado recordarlo todo, pero se tranquilizó también. Si lo recordara todo, sería imposible vivir. Agradecía ese mecanismo extraño que tenemos para protegernos a nosotros mismos y eliminar las cosas que no son necesarias.

Al final de todo, recordar era una oportunidad de conocerse nuevamente. Cada vez que evocaba alguna de sus memorias, podía ver una nueva arista de la estrella. Nuevamente se esforzaba con ahínco por recordar la mayor cantidad de detalles, pero, sobre todo, la mayor cantidad de sensaciones. Solo su memoria tenía el recuento de su vida, de su verdadera vida, y no la que le había mostrado a los demás. Solo él conocía lo que realmente había vivido y su memoria era su amiga más confiable para hacer la crónica de una vida. ¿Cuántas veces haría su autobiografía desde entonces? Daba igual, lo importante era el recuerdo, los recuerdos.

Ahora emprendía el trabajoso camino de regreso de sus pensamientos. La cafetería estaba a punto de cerrar y los asientos del café se asomaban en su taza. La cabeza le dejaba una sensación de mesura, como quien ha pensado mucho. Sentía que se conocía un poco mejor. Las lágrimas de sus mejillas habían dejado de llorar y su mirada se encontraba mirando muy lejos. La camarera le tocó el hombro diciéndole que estaban por cerrar. ¿Recordaría el momento en que estaba escribiendo esto?

Referencias

- Benedetti, M. (2001). La culpa es de uno. En *El amor, las mujeres y la vida* (pp. 74-75). Editorial Sudamericana.
- Quintero, J. (1999). Noche Sexta: La soledad. En *Antonio Gala en Trece noches* (pp. 73-74). Editorial Planeta.
- Oida, Y. (1992). *Un actor a la deriva*. Ediciones El milagro.